

bre de edad madura; tenía maneras tímidas, embarazosas, y al hablar, vacilaba penosamente. Sin embargo, este defecto no parecía natural en él, sino causado por la conciencia que tenía de los obstáculos que le ponían la falta de protección y fortuna, ó tal vez la falta de práctica: estaba intimidado por el abogado, y se mostraba obsequiosamente cortés con el procurador.

—Nunca había tenido el placer de veros, mister Phunky, — dijo Mr. Snubbins con altanera condescendencia.

Mr. Phunky saludó; había tenido durante ocho años ó más el placer de ver á Mr. Snubbins y de envidiarle también con toda la envidia de un hombre pobre.

—Estáis conmigo en esta causa, por lo que veo, — dijo el abogado.

Mr. Phunky se sonrojó y saludó.

—¿Habéis leído los autos? — continuó el ilustre Snubbins.

Mr. Phunky hubiera debido declarar que no se acordaba; pero como había examinado todos los papeles que se le habían entregado, y como día y noche no había pensado otra cosa después de dos meses, se sonrojó más y saludó de nuevo.

—He aquí á Mr. Pickwick, — dijo el letrado, agitando su pluma en la dirección del sitio en que se hallaba nuestro héroe.

Mr. Phunky saludó á Mr. Pickwick con toda la reverencia que inspira un primer cliente, y en seguida inclinó la cabeza al lado de su colega.

—Podéis hablar con Mr. Pickwick, — dijo Snubbins, —y oír todo lo que quiera comunicaros. Después tendremos una consulta.

Habiendo dado á entender de este modo que le habían molestado bastante, Mr. Snubbins aplicó sus lentes á sus ojos, saludó ligeramente y se consagró absolutamente al asunto que tenía delante. Era un prodigioso asunto, un interminable proceso, ocasionado por el hecho de un individuo muerto hacía un siglo, el cual había invadido una vereda que llevaba de un sitio de donde nadie había venido nunca, á otro sitio donde jamás había ido nadie.

Mr. Phunky no quería pasar por ninguna puerta antes que Mr. Pickwick y su procurador; así es que tardaron mucho tiempo en llegar á la calle; se pasearon largo tiempo arriba y abajo, y el resultado de su conferencia fué que era muy difícil prever si la sentencia sería favorable ó no. Era imposible prevenir el resultado del negocio.

Después de haber oído otros muchos motivos de duda ó de consuelo, igualmente relativos á su asunto, mister

Pickwick sacó á Sam del profundo sueño en que había caído después de una hora, y habiéndose despedido de Lowten, volvió á la City seguido de su fiel criado.

## CAPITULO XXXII

*Donde se describe una tertulia de soltero, dada en su casa por Mr. Bob Sawyer.*

El reposo y el silencio que caracterizan la calle de Lant, en el *Borough*, llevan al fondo del alma los tesoros de una dulce melancolía. Es una calle de travesía, cuya monotonía es consoladora, y donde se ven siempre muchos claveles clavados en las ventanas. Una casa de este sitio no podría llamarse hotel, en la estricta acepción de esta palabra; pero, sin embargo, es una vivienda muy cómoda: si alguno quiere alejarse del mundo, sustraerse á todas las tentaciones, precaverse contra todo lo que podría incitarle á asomarse á la ventana, le recomendamos esta calle con preferencia á otra cualquiera.

La noche en que Mr. Pickwick había sido invitado por Mr. Bob Sawyer, este joven estudiante y su amigo Mr. Allen estaban sentados junto á la chimenea, en una casa de la calle que hemos mencionado. Los preparativos de recepción estaban completos; los paraguas habían sido colocados detrás de la puerta del vestíbulo; la criada de la casera había quitado su gorro y su mantón de encima de la rampa de la escalera, donde estaban habitualmente depositados. No quedaban más que un par de huecos detrás de la puerta de la calle; y en fin, un candel de garabato, de larga mecha, ardía en la ventana de la escalera. Mr. Bob Sawyer había comprado él mismo los licores en una bodega de High Street, y había precedido hasta su domicilio al mozo que los llevaba, para evitar la posibilidad de un error. El ponche estaba ya preparado en una cacerola de cobre; una pequeña mesa, cubierta de un tapete verde, había sido puesta en la sala para el juego de cartas, y los vasos de la casa, con los que se habían pedido prestados en la taberna vecina, se ostentaban en una bandeja sobre el suelo. Apesar de la naturaleza singularmente satisfactoria de todos estos arreglos, una nube obscurecía la fisonomía



de Mr. Bob Sawyer: sentado junto á él, Ben Allen miraba atentamente los carbones con una expresión de simpatía, que vibró en su voz, cuando dijo después de un largo silencio:

— ¡Es una maldición que ella se haya incomodado hoy! Debía haber esperado á mañana.

— ¡Es una malignidad! — exclamó Mr. Bob Sawyer con vehemencia; — ella ha dicho que si tengo bastante dinero para dar reuniones, debo tenerlo también para pagar sus cuentas.

— ¿Cuánto tiempo tiene esa cuenta? — preguntó Ben Allen (entre paréntesis, una cuenta es el motor más extraordinario que ha inventado el genio del hombre; una vez en movimiento, continúa andando por sí misma, sin pararse en toda la vida).

— No tiene más que tres ó cuatro meses, — replicó el otro.

— Ben Allen tosió con ademán desesperado, y al fin añadió:

— Pues tendrá que ver, si se le pone en la cabeza armar un escándalo cuando lleguen los amigos.

— ¡Horrible! — murmuró Bob Sawyer, — ¡horrible!

En este momento se oyó un ligero golpe en la puerta: Bob miró expresivamente á su amigo, y cuando dijo «adentro», se vió aparecer en la puerta la cabeza mal peinada de una criada, cuya cabeza hubiera hecho poco honor á la hija de un barrendero retirado.

— Mr. Bob Sawyer, mistress Raddle desea hablaros.

Mr. Bob no había meditado aún su respuesta, cuando la joven desapareció rápidamente, como quien es violentamente tirado por detrás, y al mismo tiempo dieron otro golpe en la puerta, que parecía decir: «soy yo, aquí estoy».

Mr. Bob miró á su amigo con aire de mortal aprensión, y gritó de nuevo:

— Entrad.

El permiso no era necesario, porque antes que hubiera sido articulado, una mujer pequeña, pálida de cólera, se lanzó dentro de la habitación.

— Mr. Sawyer, — dijo esforzándose en aparecer serena, — ¿queréis tener la bondad de arreglarme la cuenta? Os lo agradeceré, porque tengo que pagar hoy mi alquiler, y abajo me está esperando el casero.

Al concluir la mujer pequeña, se frotó las manos y fijó altivamente la mirada en la pared, por encima de la cabeza de Bob Sawyer.

— Siento muchísimo incomodaros, mistress Raddle, — respondió Bob con deferencia, — pero...

— ¡Oh! eso no me molesta, — dijo con voz agría la buena mujer; — no lo necesitaba antes de hoy, pero

como este dinero va directamente al bolsillo del casero, debéis dármelo: me lo habéis prometido para hoy, mister Sawyer, y todos los caballeros que han vivido aquí han cumplido su palabra, como debe hacerlo todo el que es verdaderamente caballero.

Habiendo hablado así, mistress Raddle sacudió la cabeza, se mordió los labios, se frotó las manos aún más fuertemente, y miró á la pared con más fijeza. Era evidente que se preparaba la tempestad.

— Lo siento mucho... mistress Raddle... Más yo creo que dentro de una semana podremos arreglarlo todo, y entonces marcharemos más regularmente.

Esto es todo lo que quería mistress Raddle: había subido al cuarto del infortunado Bob con tantas ganas de armar un escándalo, que hubiera sido contrariada si le hubieran dado el dinero. En efecto, se hallaba singularmente dispuesta á una escena ruidosa, porque había dirigido á Mr. Raddle en la cocina algunos cumplimientos preparatorios.

— ¿Creéis, Mr. Sawyer, — exclamó alzando la voz para edificación de los vecinos, — creéis que yo tendré eternamente en mi casa á un individuo que no piensa en pagar su pupilaje y que no da un ochavo siquiera para la manteca y el azúcar de su almuerzo, ni para la leche que se compra en la puerta? ¿creéis que una mujer honrada y laboriosa, que ha vivido veinte años en esta calle, no tiene más que hacer sino desvivirse para dar casa y comida á una cuadrilla de holgazanes, que están siempre fumando, bebiendo y paseando, en vez de trabajar para pagar los gastos? ¿creéis?...

— Buena mujer, — dijo Mr. Allen con voz conciliadora.

— Tened la bondad, caballero, de guardar vuestras observaciones para vos, — dijo mistress Raddle, comprimiendo repentinamente el torrente de elocuencia, y dirigiéndose al que la había interrumpido con una gravedad y una lentitud imponente; — creo, caballero, que no tenéis derecho á mezclaros en esto: no os he alquilado á vos esta habitación.

— No, ciertamente, — respondió Benjamín.

— Perfectamente, — continuó mistress Raddle con altanera cortesía, — perfectamente; contentáos con romper las piernas y los brazos á las pobres gentes del hospital, y manteneos en vuestro puesto, ó de lo contrario, habrá aquí quien os haga mantener.

— Pero sois una mujer tan poco razonable... — dijo Benjamin.

— Joven, — dijo la dama, cuyo rostro había la cólera inundado de sudor frío; — ¿queréis repetir esa palabra?



—Señora, — respondió Benjamín, que empezaba á inquietarse por cuenta suya, — yo no quería ofenderos con aquella expresión.

—Joven, — prosiguió mistress Raddle en tono aún más alto é imperativo, — ¿qué habéis dicho que soy? ¿me habéis dirigido ese expresión?

—¡Dios mío! — exclamó Benjamín.

—Os pregunto si ó no; si es á mí á quien habéis dirigido esa expresión, — dijo mistress Raddle abriendo la puerta de par en par con furor.

—¡Eh!... si... pardiez, — confesó el estudiante.

—¡Sí pardiez! — exclamó mistress Raddle retrocediendo gradualmente hacia la puerta y elevando su voz al tono más alto, para inteligencia de Mr. Raddle, que estaba en la cocina. — Está bien que me insulten en mi propia casa, mientras mi marido está abajo sin cuidarse de mí. El debería avergonzarse (mistress Raddle empezó á sollozar) de dejar que traten á su mujer como una cualquiera esos carniceros de carne humana, que deshonoran la casa. (Más lágrimas.) ¡Cobarde! ¡miserable! Dejar á su mujer expuesta á semejantes atropellos. Miren que poltrón; tiene miedo de subir á castigar á estos badulaques; tiene miedo de subir, tiene miedo de subir.

Aquí mistress Raddle se detuvo para ver si la repetición de aquel reto había despertado á su cara mitad. Viendo que nada conseguía, empezó á bajar la escalera dando grandes sollozos, cuando un doble golpe de aldabón resonó violentamente en la puerta de la calle. Ella respondió con gemidos que duraron hasta el sexto golpe, dado por el visitante; después, en un acceso de agonía mental, derribó todos los paraguas y se precipitó en su cuarto, cerrando la puerta con un ruido espantoso.

—¿Vive aquí Mr. Bob Sawyer? — preguntó mister Pickwick á la criada que le abrió la puerta.

—En el principal, la puerta frente á la escalera, — respondió la joven entrando en la cocina con su candil, perfectamente convencida de que había hecho todo lo que exigían las circunstancias.

Mr. Snodgrass, que había entrado el último, consiguió después de muchos esfuerzos cerrar la puerta de la calle, y los pickwickianos, habiendo subido la escalera con gran trabajo, fueron recibidos por Bob, que no se había atrevido á salir á encontrarlos por miedo á ser asaltado por mistress Raddle.

—¿Cómo estáis? — les dijo el estudiante. — Cuidado con los vasos.

Esta advertencia se dirigía á Mr. Pickwick que había puesto el pie sobre la bandeja.

—Os pido perdón.

—No hay de qué, no hay de qué, — respondió el anfitrión. — Estoy un poco estrecho aquí, pero es preciso tener en cuenta que se visita á un estudiante. Entrad... creo que ya conocéis á este caballero.

Mister Pickwick estrechó la mano de Benjamín Allen, y sus amigos siguieron su ejemplo. Apenas se habían sentado cuando se oyó otro golpe.

—Creo que es Jack Hopkins, — dijo Bob. — Es él, sí.

Pasos pesados resonaron en la escalera, y Jack Hopkins se presentó con chaleco de terciopelo negro, adornado con botones resplandecientes. Llevaba además una camisa blanca rayada, con cuello blanco.

—Llegáis tarde, — le dijo Ben.

—Me he detenido en el hospital.

—¿Hay algo nuevo?

—No, nada extraordinario. Un accidente bueno.

—¿Qué? — preguntó Mr. Pickwick.

—Un hombre que ha caído de un cuarto piso. Es un caso soberbio.

—¿Queréis decir que el paciente se curará pronto?

—No, — respondió el recién venido en tono indiferente; — creo más bien que morirá; pero habrá una bella operación mañana. Magnífico espectáculo, si hace Slasher la operación.

—¿Consideráis pues á Mr. Slasher como un buen cirujano?

—El mejor que existe. La semana pasada desarticuló la pierna de un niño, que se comió cinco manzanas y un pedazo de pan de especias durante la operación. Pero hubo más: dos minutos después, el chico dijo que no quería estar allí más, y que se lo diría á su madre si no empezaban otra vez.

—¡Qué admirable! — exclamó Mr. Pickwick.

—Eso no es nada, ¿no es verdad, Bob?

—Nada, — contestó Mr. Sawyer.

—A propósito, Bob, — continuó Hopkins dirigiendo al rostro atento de mister Pickwick una mirada casi imperceptible, — hemos tenido un curioso accidente la noche última. Nos han llevado un niño que se había tragado un collar.

—¿Tragar qué? — preguntó Mr. Pickwick.

—Un collar. No todo de una vez. Vos no podríais tragarlo, Mr. Pickwick, ¿eh? Los padres del chico son muy pobres; la hermana más vieja compra un collar, un collar común, con grandes bolas de madera negra. El niño que es muy amante de juguetes, escamotea el collar, lo oculta, juega con él, corta el hilo y se traga una bola. Le parece bien, y al día siguiente se traga otra...



—¡Justos cielos! — exclamó Mr. Pickwick; — ¡espantoso! Continúad.

—Al día siguiente, el niño se traga dos bolas, al otro tres, y así sucesivamente, hasta que en una semana se tragó todo el collar, compuesto de veinticinco bolas. La hermana que es una joven económica y que no gasta dinero en joyas, empieza á llorar su collar. Lo busca por todas partes, pero no lo encuentra. Algunos días después, la familia estaba comiendo una pierna de carnero asado al horno con patatas... el niño, que no tenía hambre, jugaba en la habitación. De repente se oye un ruido muy grande, como si estuviera cayendo granizo. — No hagas ese ruido, chico, le dice su padre.

—No soy yo, respondió el chico. Hubo un corto silencio, y el ruido empezó de nuevo. — Chico, dijo el padre, si no haces caso te meteremos en la cama. Al mismo tiempo sacudía al chico para hacerle comprender mejor, cuando de repente oye un ruido más pronunciado. — ¡Dios mío! exclamó; es en el cuerpo de mi hijo. Tiene el croup en el vientre. — No, no, papá; dijo el chico llorando. Es el collar de mi hermana; me lo he comido, papá. El padre toma el chico en brazos y corre con él al hospital, y por el camino, las bolas de palo resonaban en su vientre á cada movimiento. El niño está ahora en el hospital, y hace tanto ruido al andar, que ha sido preciso entablillararlo para que no despierte á los demás enfermos.

—¡Es el accidente más extraordinario que he oído mencionar en mi vida! — exclamó Mr. Pickwick, dando sobre la mesa un enfático puñetazo.

—¡Oh! ¡eso no es nada todavía! — dijo Jack Hopkins. — ¿No es verdad, Bob?

—No, ciertamente.

—Os aseguro, caballero, — dijo Mr. Hopkins, — que suceden cosas muy raras en nuestra profesión.

—Lo creo fácilmente, — respondió Mr. Pickwick.

Un nuevo aldabonazo anunció un joven gordo, cuya enorme cabeza estaba sombreada por una peluca negra. Llevaba consigo un mozalvete empaquetado en un estrecho redingote, y que tenía una fisonomía escorbútica. En seguida llegó un caballero, cuya camisa estaba sembrada de pequeñas áncoras rojas. Éste fué seguido de un joven pálido, decorado con una pesada cadena de similors. La entrada de un individuo amanerado completó la reunión. La pequeña mesa del tapete verde fué traída. El primer servicio de ponche fué ofrecido en un cántaro blanco, y las tres horas siguientes fueron dedicadas á las treinta y una, á medio penique la ficha. Una vez tan sólo fué interrumpido aquel agradable juego, por una cuestión que surgió entre el joven escorbútico y el

caballero de las áncoras rojas. Es el caso, que el primero experimentó un violento deseo de tirarle de la nariz al segundo, y el que llevaba los emblemas de la esperanza dijo que no admitía ninguna insolencia, ni del joven escorbútico ni de nadie.

Cuando terminó la última banca, Mr. Bob Sawyer llamó para que sirvieran la cena.

No era operación muy fácil; en primer lugar, fué preciso despertar á la criada, que se había dormido sobre la mesa de la cocina; en esto se perdió mucho tiempo, y aún después de haber respondido á la campanilla, pasó otro cuarto de hora antes que se produjera en ella una chispa de razón; además, el hombre á quien se habían encargado las ostras, no había recibido orden de abrirlas, y era muy difícil abrir ostras con un cuchillo de mesa ó con un tenedor: la vaca no estaba bastante cocida, y se podía decir otro tanto del jamón, aunque era de la tienda inglesa de la esquina; en cambio había bastante queso para contentar á todo el mundo, porque era muy fuerte. En resúmen, la cena fué tan buena como podía serlo en una reunión de esta clase.

Después de la cena, se sirvió otra vez ponche con un paquete de cigarros y una botella de aguardiente; pero entonces hubo una pausa penosa, ocasionada por una circunstancia muy común en semejantes casos.

El caso era que la criada estaba ocupada en lavar los vasos. El establecimiento se vanagloriaba de poseer cuatro; los de la patrona eran pequeños, estrechos y frágiles; los que se habían pedido prestados á la posada vecina eran grandes, henchidos, hidrópicos, sostenidos cada uno en un gran pedestal gotoso. Esto, por sí, hubiera bastado á hacer comprender á la reunión el estado de los negocios; pero la criada *fac totum*, para impedir la posibilidad de alguna duda, se había apoderado de todos los vasos antes de que la cerveza se acabara, declarando, apesar de los signos que le hacía el anfitrión, que los iba á llevar abajo para fregarlos.

El hombre amanerado se había esforzado inútilmente en concebir una gracia durante la partida; halló la ocasión, y la cogió por los cabellos. En el momento en que desaparecieron los vasos, empezó una larga historia con motivo de una respuesta singularmente feliz dada por un personaje político, cuyo nombre había olvidado, á otro individuo igualmente ilustre. Se extendió mucho y con detalles sobre diversas circunstancias accesorias, pero no pudo terminar en el momento de decir la respuesta, porque no se acordaba de ella, aunque tenía la costumbre de contar aquel cuento desde la edad de diez años.

—Es chistoso, — dijo el hombre amanerado; — ¡ol-



vidárame así!

—Lo siento, — dijo Bob, mirando con ansiedad á la puerta, porque creyó oír un choque de vasos; — lo siento.

—Y yo también, — dijo el narrador, — porque estoy seguro de que os hubiera gustado mucho; pero no temáis, dentro de una hora creo que me acordaré.

El hombre amanerado estaba en esto, cuando los vasos volvieron; y Mr. Bob Sawyer, que parecía abstraído, le dijo sonriendo graciosamente que tendría mucho gusto en oír el fin de la historia, aunque lo que ya había contado era por sí muy bonito.

En efecto, la vuelta de los vasos restableció á nuestro amigo Bob en un estado de tranquilidad que no había conocido desde su entrevista con la huésped. Su rostro se iluminó.

—Ahora, Betsy, — dijo con gran suavidad, repartiendo los vasos, — traed agua caliente y andaos aprisa.

—No podéis tener agua caliente, — replicó Betsy.

—¿Cómo que no? — exclamó Bob.

—No, — replicó la criada con un movimiento de cabeza muy negativo; — la señora ha dicho que no.

La sorpresa que se pintaba en el rostro de los invitados, inspiró nuevo valor al anfitrión.

—¡Traed al punto agua caliente! ¡al momento! — dijo con la calma de la desesperación.

—¡Pero si no puedo! mistress Raddle ha apagado el fuego, y ha guardado el calentador antes de acostarse.

—¡Oh! lo mismo da; no os molestéis por tan poca cosa, — dijo Mr. Pickwick, observando el tumulto de pasiones que agitaban la fisonomía de Bob Sawyer, — agua fría será lo mismo.

—Sí, ciertamente, — añadió Benjamín Allen.

—Mi patrona padece ataques de enagenación mental, — dijo Bob con una sonrisa forzada; — creo que será preciso mudarnos.

—No, no, — dijo Benjamín.

—Creo que será preciso, — dijo Bob, con una firmeza heróica; — le pagaré lo que le debo y me iré mañana.

¡Pobre joven! ¡con cuánta devoción deseaba poderlo hacer!

Los lamentables esfuerzos de Bob para soportar este último golpe, comunicaron su triste influencia á la reunión. La mayor parte de los convidados, para reanimar sus espíritus, atacaron de nuevo al ponche frío, cuyos primeros efectos se hicieron sentir por un renovamiento de hostilidades entre el joven escorbútico y el propietario de la camisa llena de áncoras; los beligerantes manifestaron su mútuo desprecio por una gran variedad de

fruncimientos de cejas; pero al fin, el joven escorbútico creyó necesario provocar una aclaración. Se verá cómo lo consiguió.

—¡Sawyer! — dijo con voz fuerte.

—¿Qué hay, Noddy? — respondió el anfitrión.

—Sentiría mucho, Sawyer, ocasionar el más ligero escándalo en la mesa de un amigo, y sobre todo en la vuestra; pero me creo obligado á aprovechar esta ocasión para decir á Mr. Gunter que no es caballero.

—Y yo, Sawyer, — contestó Mr. Gunter, — sentiría mucho alborotar la calle en que vivís; pero me veo obligado á alarmar á los vecinos tirando por la ventana á la persona que acaba de hablar.

—¿Qué queréis decir con eso, caballero? — preguntó Mr. Noddy.

—Yo comprendo lo que digo.

—Quisiera verlo.

—Dentro de un minuto.

—Dadme vuestra tarjeta.

—No me da la gana.

—¿Por qué?

—Porque la colocaríais en vuestro espejo para hacer creer que os ha visitado una persona decente.

—Caballero, un amigo mío irá á hablaros mañana.

—Me alegro de saberlo para tomar precauciones; tendré cuidado de decirle al criado que guarde las cosas de valor.

En esta parte del diálogo los circunstantes se interesaron, haciendo ver á los dos jóvenes los inconvenientes de semejante determinación. De consiguiente mister Noddy declaró que su padre era tan caballero como el de Mr. Gunter. Mr. Gunter declaró que su padre era tan respetable como el de Mr. Noddy. Como esta declaración parecía renovar la disputa, hubo otra intervención por parte de los convidados. Siguiéron muchos gritos y apóstrofes durante los cuales Mr. Noddy se dejó vencer gradualmente por la emoción, y protestó que siempre había sentido por Mr. Gunter un afecto sin límites. A esto, Mr. Gunter protestó que quería á Mr. Noddy como á un hermano. Diéronse las manos, y todos convinieron en que aquella discusión había terminado de un modo grandemente honroso y satisfactorio para todos.

—Ahora, Bob, — dijo Jack Hopkins, — cantemos alguna canción.

Esta proposición fué recibida con aplausos tumultuosos. Mr. Hopkins cantó el *god save the queen*, con música de la nueva aria titulada *La Bahía de Vizcaya*. El estribillo era lo principal de la canción, y como todos lo cantaban con arreglo á la música que cada cual sabía, el efecto fué sorprendente.



Al concluirse la primera estrofa, Mr. Pickwick alzó las manos para reclamar la atención de los circunstantes, y dijo cuando la tranquilidad fué restablecida:

—Chitón, me parece que siento llamar arriba.

Un profundo silencio siguió á estas palabras. mister Bob Sawyer se puso pálido.

—Creo que oigo el mismo ruido. Tened la bondad de abrir la puerta.

Apenas se abrió la puerta, se dispararon las dudas.

—¡Mr. Sawyer! ¡Mr. Sawyer! — gritaba una voz en el segundo piso.

—Es mi patrona, — dijo Bob mirando á sus convidados con angustia. — Sí, mistress Raddle.

—¿Qué significa esto, Mr. Sawyer? — continuó la misma voz con acritud; — no os contentáis con no pagarme el pupilaje y dejar que me insulten vuestros amigos, sino que también armáis una barahunda en mi casa á las dos de la mañana, con tanto ruido que parece que se va á caer la casa. ¡Despedid á esa gente!

—Deberíais morir de vergüenza, — añadió la voz de Mr. Raddle, que parecía salir de entre las sábanas.

—Morir de vergüenza, eso es, — dijo su amable mitad. — ¿Pero tú, ave fría, por qué no vas á echarlos rodando por la escalera? No parece que eres hombre.

—Lo haría si yo fuese una docena de hombres, querida, — respondió pacíficamente el marido. — Ellos tienen la ventaja del número.

—¡Oh! ¡poltrón! — contestó mistress Raddle con supremo desprecio. — Mr. Sawyer, ¿queréis despedir á esa gente, si ó no?

—Ya se van, mistress Raddle, ya se van, — dijo el desventurado Bob. —Creo que haréis bien en marcharos, —dijo á sus amigos. — Indudablemente hacíamos mucho ruido.

—Es una desgracia; en el momento en que más nos divertíamos...

—¡Qué demonios! cantemos otra estrofa, — dijo Hopkins.

—No, no, Jack, no cantes, — dijo el triste anfitrión.

—Es una magnífica canción; pero creo que sería mejor dejarla aquí. Esa mujer es muy violenta, excesivamente violenta.

—¿Queréis que suba arriba y que la emprenda con el patrón? — dijo Hopkins; — ¿queréis que toque la campanilla, ó que vaya á ladrar á la escalera? Dispone de mí, Bob.

—Os agradezco mucho vuestra buena voluntad, — respondió el desdichado Bob; — pero creo que lo mejor, para evitar toda disputa, es separarnos.

—Vamos, Mr. Sawyer, — gritó de nuevo mistress

Raddle, — ¿se van esos bandoleros?

—Están buscando sus sombreros, se van en seguida, —dijo Bob.

—¡Gracias á Dios! — dijo la patrona, mostrando su gorro de dormir en la meseta de la escalera, precisamente en el momento en que Mr. Pickwick, seguido de Mr. Tupman, salía de la habitación. — ¡Gracias á Dios! ¡más valía que no hubieran venido acá!

Señora mía, — dijo Mr. Pickwick alzando la cabeza.

—Marchaos, viejo papamoscas, — contestó la Raad-le, quitándose precipitadamente el gorro de dormir. — ¡Miren el viejo libertino! Vos sois el peor de todos.

Mr. Pickwick comprendió que era inútil protestar de su inocencia. Bajó repentinamente la escalera, y le siguieron sus tres compañeros. Mr. Ben Allen los acompañó hasta el puente de Londres, y por el camino confió á Mr. Winkle, como á persona digna de toda confianza, que estaba decidido á cortarle la cabeza á todo pretendiente al afecto de su hermana, que no fuera mister Bob Sawyer.

Habiendo expresado su determinación de ejecutar con la firmeza conveniente aquel penoso deber paternal, se encasquetó el sombrero hasta los ojos, avivó el paso, y se detuvo ante la puerta del mercado del Borough. Allí estuvo tocando hasta el día, en la firme persuasión de que se hallaba en la puerta de su casa.

Habiendo partido todos los convidados, gracias á las exigencias de mistress Raddle, el infortunado Bob se encontró libre para meditar sobre los acontecimientos probables del siguiente día, y sobre los placeres de aquella noche.

### CAPITULO XXXIII

*Mr. Weller, el mayor, emite algunas opiniones sobre las composiciones literarias; después con el auxilio de su hijo Sam, paga una parte de la deuda que tenía con el hombre de la nariz roja.*

El 13 de febrero, como saben nuestros lectores, era la víspera del día designado para el juicio del proceso